

BUSCANDO AL MILITANTE.

CONSIDERACIONES SOBRE EL EFECTO DE LA TRADICIÓN EN LA POLÍTICA INTERNA DEL PSOE, 1954-1958

Luis C. Hernando

Introducción

Este artículo parte de la constatación del destacable hecho de que los líderes del PSOE exilados decidieron utilizar el VII Congreso celebrado en Francia en 1958 como una plataforma desde la que celebrar un acto de vindicación de la veteranía y la experiencia política. De ahí surgen las preguntas de a quién iba específicamente dedicado ese mensaje, cuál era su objetivo y cuál era su razón.

Para responder a tales cuestiones he dividido el siguiente texto en tres secciones: los dos primeros epígrafes proporcionan un contexto sobre los dos retos internos que desde el interior de España surgieron en la segunda mitad de los cincuenta: primero, el intento de la organización clandestina de modificar hacia un mayor posibilismo la línea política del partido y, segundo, la aparición e intento de integración en el PSOE de la Agrupación Socialista Universitaria (ASU). Los dos siguientes epígrafes detallan los debates y discursos habidos tanto en la reunión del Comité Director como en el propio Congreso. Ambas partes sirven tanto para determinar a quién iba dirigido el mensaje del Congreso como para especificar cuáles eran las actitudes y críticas vertidas hacia esos grupos. La tercera y última parte trata de dar una explicación al para quién y el porqué de la utilización de esa carga simbólica.

Para la elaboración de este trabajo se asume que la historia del PSOE durante la dictadura franquista queda profundamente determinada por la mentalidad de una generación que llevó las riendas del partido durante un periodo de más de 30 años. La singularidad de las experiencias vividas por esta generación, la dictadura de Primo de Rivera, la República, la Guerra Civil, y la derrota posterior, unidas a su largo periodo de liderazgo político hace que la comprensión de su forma de pensar como colectivo sea de gran importancia a la hora de analizar la política antifranquista de los socialistas españoles.

Uno de los efectos de esa experiencia tendrá un impacto tal que, en buena medida, determinará el futuro del partido, dado que marcaba las relaciones y las posibilidades de integración, tanto con la precaria organización clandestina como con los grupos autónomos socialistas que surgían en España. Intentaré indagar en cómo esa tradición socialista, mantenida en la dirección del PSOE durante casi 30 años, modeló el discurso usado frente a los nuevos socialistas que buscaban contactar desde el interior. Para ello creo que la atención a la especial carga simbólica dada al VII Congreso resulta especialmente reveladora respecto a las actitudes y acciones de la cúpula de poder del PSOE.

Hay que destacar también que esa actitud orgánica frente a los grupos del interior me-

MISCELÁNEA

rece gran atención, ya que va a conformar el modo en el que la nueva generación socialista sería incorporada o rechazada por el partido, además de mediatizar en gran medida las relaciones entre el exilio, de dominación veterana, y la clandestinidad, donde la mayor flexibilidad táctica y estratégica se unía al impulso político de la juventud antifranquista.

Las relaciones con el interior: 1954-1958

El intento fallido de congraciarse las visiones socialistas y monárquicas a la búsqueda de un futuro régimen postfranquista mediante el conocido como Pacto de San Juan de Luz había traído consigo fuertes conflictos entre las organizaciones del PSOE en el interior y en el exilio. La flexibilidad inicial que dio origen a los contactos con los monárquicos se fue endureciendo a medida que se definían posiciones en las duras negociaciones entre ambas fuerzas. Desde el interior se intentó repetidas veces retar a esa nueva rigidez, forzando la línea establecida por la Comisión Especial, órgano encargado de las negociaciones, a favor de concesiones que asegurasen la precaria alianza con la esperanza de un pronto fin del régimen dictatorial. Esa actividad terminó por generar problemas de competencia y coordinación entre lo que el interior y el exilio condicionaban y concedían, situación que fue rápidamente aprovechada por los políticos monárquicos. Ése fue el caso durante el renacimiento, en 1947, de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas (ANDF) conformada por los partidos de izquierda con predominio de republicanos y libertarios. Desde ANDF se intentó capitalizar los avances logrados por el PSOE en Francia y tomar el relevo en las negociaciones, a pesar de que todo indicaba que los monárquicos no se avendrían al cambio de interlocutores. Más tarde surgirían los problemas con el Comité Interior de Coordinación (CIC), organismo conformado tanto por las izquierdas como por los monárquicos antifranquistas. El CIC, con-

trariando su objetivo expreso de coordinar las decisiones adoptadas en el exilio, pronto comenzó a adoptar medidas que transgredían los límites señalados por la Comisión Especial. Un ejemplo destacado, tanto por su alcance como por sus consecuencias, es el del llamamiento conjunto enviado a don Juan y a los altos mandos del Ejército reclamando nada menos que un alzamiento militar antifranquista.

La solución a estos conflictos siempre llegó de mano de la represión del régimen, la cual, mediante sus continuas redadas, aseguraba el relevo de los cargos de la Ejecutiva del interior. Finalmente, la intención de la organización clandestina de ir más allá de los límites establecidos por Toulouse en los contactos con los monárquicos, junto con la precariedad a que la organización quedaba abocada por la presión de la policía antifranquista, terminaron por convencer al exilio de que debía ejercer un mayor control sobre los militantes socialistas del interior. En 1954, a la vez que se instituía la política de aislamiento diseñada por Prieto, se decidió acabar con el sistema de la doble Ejecutiva y con la ficción de que el verdadero partido estaba en el interior.¹ El exilio quedaba como único órgano director y los socialistas en España se relacionarían con él a través de sus respectivas federaciones.

Desde Toulouse se encargó a Antonio Amat, «Guridi», la reconstrucción de la maltrecha organización clandestina, a lo que se dedicó con una eficiencia excepcional, permitiendo para 1956 una implantación importante.² La llegada de ese año trajo aparejada la aparición de nuevas fuerzas políticas y sociales, impulsando que el centro de gravedad de la lucha antifranquista se desplazase desde el ambiente internacional, donde había sido derrotado a principios de los 50, al interior. Esto creaba la oportunidad de nuevas disensiones entre clandestinidad y exilio, tanto por la mayor posibilidad de maniobra política del interior como por las esperanzas que generaba respecto al fin de la dictadura. La organización clandestina tomó contacto con



esas nuevas fuerzas políticas, tanto de izquierda como de derecha democrática, poniéndolas en contacto con Toulouse.

La explosión de actividad política en el interior pronto abrió espacio para las fricciones entre el exilio y el interior. El origen fue la firma, en febrero de 1957, del Pacto de París entre las fuerzas antifranquistas exiliadas. Con éste se buscaba la creación de un bloque de cara a las negociaciones con las derechas democráticas emergentes, a la vez que intentaba recuperar iniciativa política fuera de España. Pese a todo, el desacuerdo no se hizo expreso hasta ese verano, cuando Amat trasladó en mano a Toulouse una carta de Francisco Román en la que se exponía la visión del interior: se defendía una alianza con las organizaciones democráticas del interior aceptando la institución monárquica como provisional a favor de la garantía de las libertades futuras de los españoles.³ La posición de los clandestinos fue rechazada, pero se hubo de confrontar de nuevo en la agitada reunión del Comité Director celebrada en agosto de 1957.⁴ Las discusiones, que se mezclaron con la disidencia de Luis

Araquistáin, favorable también a la flexibilidad respecto a la cuestión institucional, mostraron bastante respecto a las actitudes opuestas que ambos grupos mantenían.

La reunión se inició de forma intempestiva al interrumpir Román la exposición de la Ejecutiva para saltar a las demandas del interior, con lo que consiguió ofender profundamente al secretario general, Rodolfo Llopis, quien se comportaría de forma irritable durante el resto de los debates. Desde el punto de vista de este trabajo resulta más importante la actitud que implicaban los reproches que la misma discusión, por lo que se resumirá bajo qué argumentos se rechazaba la posición del interior. Repetidos bajo numerosas formas, son dos: Primero, que no había seguridad de que la opinión que transmitían Amat y Román fuese la verdaderamente imperante en la organización del interior, con lo que se minaba su labor como delegados, y, segunda, que los monárquicos intentaban aprovecharse de su inexperiencia como ocurrió durante el Pacto de San Juan de Luz. Finalmente, una comisión creada para resolver el problema entre el inte-

MISCELÁNEA

rior y el exilio determinó que si los socialistas clandestinos retiraban sus argumentos en la reunión y la carta de Román, se les concedería autoridad para explorar los grupos demócratas del interior.

En virtud de ese pacto, los socialistas del interior diseñaron un plan de acercamiento a los grupos monárquicos que presentaron a la Ejecutiva en octubre. El último de sus pasos consistía en una apelación a la acción a don Juan, una vez se hubiese conseguido formar un frente con las fuerzas del interior, lo que pese a todo se consideraba bastante improbable.⁵ El plan debió recordar inmediatamente a los exiliados a las actuaciones del CIC ocho años antes, cuando cartas semejantes al pretendiente y a los mandos militares fueron enviadas sin autorización de Toulouse. Por otra parte, en una reunión posterior entre los grupos socialistas del interior se decidió la creación de un nuevo organismo que coordinase las federaciones del interior, al que se le otorgó el nombre de Comité Central⁶ y que parecía asumir las funciones de una ejecutiva.

La respuesta del exilio fue contundente, rechazando el requerimiento a don Juan arguyendo que el pretendiente no buscaba más que el entendimiento con el dictador. Se acusó al interior de intentar tomar acciones y decisiones más allá de la autoridad otorgada por el Comité Director y de lo establecido por los congresos. Puramente anecdótico, pero interesante como actitud, fue la recriminación que Llopis hacía respecto al tono soez de la carta del interior, que no hacía más que forzar una metáfora vulgar del propio Prieto.⁷ A raíz de ese comentario Llopis se permitió afirmar que la verdadera personalidad del partido, que permitiría el buen desenlace del futuro, se cifraba en «honestidad, seriedad y autoridad».

A fines de enero de 1958 Llopis repasó en larga carta los problemas existentes con el interior. Tras enumerar los ya citados, terminó por acusar al interior de deslealtad, ya que, a

pesar del acuerdo de la reunión del Comité Director, se había entregado una carta a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) en la que se detallaban las divergencias estratégicas entre clandestinidad y exilio. Llopis aprovechó para ironizar sobre la flexibilidad del interior, que no había obtenido ningún resultado práctico, y cuyo único destino era Estoril. Al final de la carta, en un tono contemporizador, señalaba la causa de los problemas:

Algunos de nosotros llevamos muchos años al frente del Partido y de la Unión, desde que nos reorganizamos en el exilio. Tenemos la experiencia que da el haber servido al Partido y la Unión durante tantos años, sin el menor eclipse. En este tiempo hemos conocido a muchos compañeros de ahí y de aquí y hemos atravesado situaciones difíciles con nuestros compañeros de dentro. Siempre porque nuestros compañeros de dentro se deslumbraban con profecías de falsos profetas. (...) Aquí, y ello es natural, podemos tener la cabeza más fría y más medios de comprobar las informaciones que suelen lanzar quienes pretenden provocar falsas ilusiones.⁸

Es decir, la experiencia y la objetividad que confería el exilio era lo que mantenía al partido en el camino correcto, sin dejarse desviar por las falsas promesas. La discusión en términos similares se prolongó algo más, pero quedó postergada para el VII Congreso del verano de 1958.

Las relaciones con la Agrupación Socialista Universitaria (ASU): 1956-1958

Los incidentes ocurridos en la universidad madrileña en febrero de 1956 dieron lugar a una efervescencia política no vista hasta entonces durante el franquismo, que terminó por impulsar la creación de diversas asociaciones de jóvenes activistas con inquietudes políticas. Entre ellas surgió la Agrupación Socialista Universitaria la cual conllevaría relevantes consecuencias para el PSOE, e implicaría una nueva

esperanza a la vez que una nueva dificultad para los veteranos líderes del exilio que habrían de guiar la relación de su partido con las nuevas generaciones socialistas.

El nuevo grupo universitario surgió en febrero de 1956, formado por estudiantes universitarios, en su mayor parte de Derecho, de extracción social media-alta. Más que eso: buena parte de sus integrantes descendían de personas implicadas en el régimen,⁹ lo que atenuó considerablemente el trato recibido de las fuerzas del orden franquistas. El núcleo ideológico en torno al que se constituyó partía de una voluntad por superar la fractura social originada por la Guerra Civil, rompiendo la diferenciación impuesta entre vencedores y vencidos, y de una ideología socialista revolucionaria que no se limitaba al ámbito obrero y que pretendía ir más allá del pensamiento socialista tradicional, representado por el PSOE. Destacó, no obstante, una voluntad por sostener una relación cercana con el viejo partido, pero manteniendo libertad de acción tanto ideológica como política no sólo en el ámbito clandestino sino también en el internacional. Esa pretendida independencia venía reforzada por la indefinición, a nivel organizativo, de la Agrupación: ni sección profesional, ni juventud universitaria ni sindicato, lo que azuzó los conflictos con una Ejecutiva del PSOE que no tenía clara la relación orgánica con los jóvenes del interior.¹⁰

Otro problema surgido de la indefinición era el de las relaciones de la Agrupación con el PCE. La amplia implantación de los comunistas en el ámbito universitario los convertía en el referente obligado para la nueva oposición intelectual. Por ello, el activismo de la ASU dependía, en buena medida, del apoyo material y propagandístico del PCE. La colaboración puntual, la cercanía entre todo lo que se considerase antifranquista en el interior¹¹ y las dudas ideológicas de algunos de los jóvenes antifranquistas pusieron en

guardia al PSOE, el cual había hecho del anticomunismo una de sus señas de identidad en el exilio.

Pese a los inicios mencionados, la actividad desplegada durante los disturbios estudiantiles y la experiencia de la represión policial les llevaron a profundizar sus contactos iniciales con el PSOE.¹² Una vez vistos los sucesos universitarios, tanto Amat como la Ejecutiva tomaron interés en el acercamiento y contacto con los jóvenes que aparecían como un factor esencial en la reactivación del antifranquismo socialista.¹³ Los primeros contactos clandestinos fueron lo suficientemente positivos como para que Víctor Pradera, en nombre de la ASU, viajase a Francia para entrevistarse con Llopis, poniendo base a la colaboración formal entre ambos grupos. Para diciembre de 1956 ya se habían asegurado los enlaces directos entre Toulouse y la ASU, y el PSOE ofrecía ayuda tanto material como económica a los jóvenes mientras éstos repartían extractos de *El Socialista* junto con otra propaganda del partido. Amat veía gran potencial en el entusiasmo de los jóvenes, en contraste con la precaución impuesta desde la Ejecutiva, y no tardó en ver razones para encomiar su labor propagandística.

A pesar de todo, pronto aparecieron las fricciones entre el partido y la Agrupación. Los primeros choques tuvieron un contenido meramente organizativo que se prolongó durante toda la relación de tal manera que, si bien no generaba auténticos problemas, sí servía para amargar la relación y como munición que añadir cuando se ventilaban problemas más serios; así por ejemplo, en el PSOE y en otros grupos clandestinos se planteó el problema de que el contacto con la ASU suponía riesgos de seguridad por las posibles filtraciones. También se hicieron comunes las quejas desde la Ejecutiva socialista respecto a la calidad y periodicidad de los informes que la ASU debía mandar, o a las inusuales peticiones que hacían de material y fondos.¹⁴

MISCELÁNEA

Problemas más serios crearía la voluntad de la ASU de una acción antifranquista más extensa y decidida, dirigida tanto hacia otros grupos antifranquistas como hacia la esfera internacional. Tan pronto como en diciembre de 1956, la agrupación universitaria sembró gran alarma, tanto en Toulouse como en la dirección del aparato socialista clandestino, al emprender una iniciativa política que rebasaba el medio universitario que el Partido Socialista le reservaba. Sin informar al partido, delegados de la Agrupación tomaron contacto y se entrevistaron con destacados miembros del emergente antifranquismo que surgía dentro del régimen, como Dionisio Ridruejo o Igueldo. Nada más enterarse, el propio Amat hubo de apresurarse a «parar[les] los pies» en una reunión de urgencia. Amat tuvo que recalcar ante los «chicos» la importancia que la misión encomendada en el ambiente universitario a la ASU merecía, y cómo se esperaba que se centrasen en ella, dejando al PSOE actuar en su propio campo, en el que, explicó, ya se mantenían conversaciones con esos individuos y con los grupos a los que representaban. En opinión de Amat, el problema quedó resuelto rápidamente.

Pese a todo, el problema de la extralimitación de la ASU volvió a aparecer al poco; a partir de un programa político que le fue entregado a Llopis. Como hizo saber a Amat, el documento parecía «cosa de muchachos», ya que aparecían reivindicaciones tales como la nacionalización de la industria pesada, que sobrepasaban con mucho el ámbito universitario. Se vio obligado a dejar muy claro cuál era la posición que la ASU debía ocupar haciéndoles saber que «el programa 'socialista' lo hace el partido y que ellos hiciesen el programa de sus reivindicaciones universitarias». La reprimenda del secretario general no evitó que el texto hiciese su aparición en una publicación europea.¹⁵

Roces similares surgieron durante toda la relación entre PSOE y ASU para desesperación

de los líderes en Toulouse. Así por ejemplo, en octubre de 1957 Llopis se quejaba amargamente de los intentos de contacto con don Juan por parte de destacados miembros de la ASU que llegaron a desatar comentarios sobre el promonarquismo de las Juventudes Socialistas, en general, una vez fueron conocidos por la prensa europea. Actos como ese resultaban del todo intolerables y llamaban con urgencia a «resolver lo antes posible (...) la calidad de los lazos que los une al Partido y cómo interpretan lo de la disciplina».¹⁶

Sin embargo, el problema de mayor repercusión fue el de la cercanía de la Agrupación al Partido Comunista. Tanto las connivencias tácticas iniciales con el PCE respecto a las acciones dentro de la universidad, como la retórica usada por los miembros de la Agrupación hicieron dudar al exilio de su nueva alianza hasta el punto de que Amat se vio obligado a quitar hierro a la prosa revolucionaria de la ASU, asegurando «que no están 'achinados' [comunistizados] y son, y mejor serán, perfectos socialistas».¹⁷ Pese a todo, la inseguridad política de algunos de sus miembros terminó por causar un conflicto de doble militancia. El asunto fue resuelto sin gran complicación en mayo de 1957, pero tuvo dos consecuencias importantes: primero, impulsó a la agrupación aún más hacia el PSOE, como reacción a la percibida maniobra comunista, y, segundo, aumentó el recelo de la Ejecutiva sobre la indefinición política de la agrupación.¹⁸

Frente a estos problemas, desde la Ejecutiva se tomaron varias medidas. En primer lugar, como forma de paliar esa inmadurez política además de para homogeneizar las juventudes universitaria y obrera, el PSOE planteó la organización de un campamento en Europa para unos quince jóvenes seleccionados entre la base obrera y la universitaria. El programa tendría un profundo carácter formativo, incluyendo exposiciones de doctrina y táctica del partido socialista.¹⁹

Por otra parte, y siguiendo a la encendida discusión entre el exilio y el interior en la Reunión del Comité Director de 1957 a la que ya me he referido —de la que Sánchez-Mazas, como delegado de la ASU, se mantuvo al margen a pesar de declarar una posición respecto a la cuestión institucional similar a la del interior—. ²⁰ Llopis decidió afirmar los lazos orgánicos entre el PSOE y la ASU intentando limitar la autonomía de esta última. Para Llopis, los intentos de la Agrupación de ir más allá del espacio universitario eran reducibles a problemas de disciplina, si bien tan graves que rozaron el límite de lo tolerable cuando se intentó tomar contacto con el pretendiente al trono y su entorno político. La situación había llegado a tal punto que, desde ese momento, la Ejecutiva se veía impelida a replantearse la posición de la Agrupación respecto al partido, buscando una forma de implicarla más profundamente dentro de su organización.

La opinión del Secretario General respecto a los problemas con la Agrupación quedaba expresada de forma meridianamente clara en su correo con Amat:

Si están o no en el partido, o si son sólo simpatizantes. (...) Si lo primero, hay que plantearse la cuestión de la disciplina. (...) Ya sabemos que la situación ahí hace que no podamos ser demasiado exigentes en cuestión de disciplina, y mucho más cuando se trata de muchachos, pero tienen que ir acostumbrándose a ello para hoy y para mañana. Puede llamarse socialista quien crea que lo es, pero nosotros no reconocemos más socialistas que los adheridos al PSOE. (...) Nuestra inquietud nace de su falta de formación, de no saber, como decimos antes, su situación para con el Partido. ²¹

Hasta que esas cuestiones no se aclarasen el acceso que la ASU tenía a las reuniones de dirección del partido era inaceptable, según Llopis.

La reunión del Comité Director ²²

A la hora de analizar lo ocurrido en el VII Congreso del PSOE en el exilio es necesario detenerse en la reunión del Comité Director celebrada los días 11 y 12 de agosto, inmediatamente antes de la celebración del Congreso. Estas reuniones se solían celebrar todos los años, pero en aquéllos en los que coincidía con un Congreso solía tener una relevancia especial, ya que servía tanto para preparar los debates como para cerrar contentiosos que no podían ser tratados directamente en público. El exilio se demostró un medio precario en el que toda discrepancia abierta podía crear daños irreparables en la moral de la militancia o en la confianza de fuerzas políticas españolas e internacionales; también había de guardarse de los probables informadores franquistas respecto a las políticas de pactos con el interior o al estado de las fuerzas clandestinas. Por ello, el Comité Director, con su pequeña representación y sus puertas cerradas, se convertía en un órgano de suma importancia. En buena medida el Comité Director discutía los temas que después serían aprobados durante el congreso, dando pie a los verdaderos debates y mostrando las auténticas divergencias existentes dentro de la organización. ²³

La reunión de 1958 incluía en su programa dos temas de capital importancia, demasiado sensibles para debatirlos ante el Congreso sin un tratamiento previo: el debate sobre la posición política del interior, que mediante un nuevo documento aumentaba las discrepancias presentadas el año anterior, y la discusión sobre la conveniencia de estrechar los lazos orgánicos con la ASU, a pesar de las indisciplinas de la Agrupación. La importancia dada a la reunión puede estimarse por su asistencia: además de los diez miembros de la Ejecutiva concurren, entre otros, Indalecio Prieto, en función de presidente, Luis Araquistáin y Arsenio Jimeno, además de siete delegados del interior. Como delegados de la ASU acudieron Francisco Bustelo y Vicente Girbau,

MISCELÁNEA

quien acababa de formalizar su ingreso en el PSOE. Significativamente, señalando la importancia que se daba a los temas programados, los debates no se abrieron hasta que se hubo realizado una reunión secreta entre Prieto y los delegados del interior.

Como ya se ha apuntado más arriba, más que la evolución de los debates dados interesa el cómo se plantearon y desarrollaron y, especialmente, de qué argumentos se sirvió la Ejecutiva para desestimar las posiciones de los delegados provenientes de España así como para enjuiciar la actitud de la ASU.

El interior presentó un documento más crítico con el exilio que el de verano de 1957. En él, además de considerar a la dirección del PSOE como pasiva, negaba la estrategia del exilio, proponiendo la necesidad de acercarse a la monarquía como forma de poder presionar hacia la democracia al futuro régimen español. También consideraba un acercamiento táctico al PCE, al que se temía por su capacidad de acción y presencia en los ámbitos clandestinos. Además de todo ello, se pedía que la dirección del partido fuese desplazada al interior, de forma que estuviese próxima a lo que se concebía, acertadamente, como epicentro de la acción antifranquista. La respuesta del Comité Director consistió en una cascada de desestimaciones por parte de todos los miembros de las peticiones del interior. Sólo se transigió con la inclusión de dos socialistas clandestinos en la Ejecutiva, eso sí, sin ninguna capacidad de acción autónoma. De esa forma, Daniel Díaz abrió los comentarios sobre la comunicación del interior señalando que el documento bien podía haber sido redactado por Jrushchov y que era posible que la organización clandestina hubiese sido infiltrada por los comunistas que extendían esas ideas como forma de minar la organización socialista. Por su parte, Prieto volvió al argumento de que lo expresado en el documento no obedecía más que a la opinión de los enviados: «[Prieto] duda de que el documento refleje la opinión mayoritaria de

todos los socialistas del Interior. No duda, sin embargo, de que el documento recoge el pensamiento de los compañeros aquí presentes. De los presentes y de otros siete o catorce más». La maniobra, dadas las condiciones de la clandestinidad imposible de rebatir, dinamitaba por completo la posición defendida por el interior.²⁴ Por otra parte, desestimaba la posición de los delegados del interior señalando inconsistencias en las posiciones de los clandestinos:

Aprobasteis (...) los acuerdos de París en marzo de mil novecientos cincuenta y siete y en agosto siguiente los rectificasteis ¿Qué acontecimiento hubo que os aconsejara[n] [sic] tal cambio de criterio? En todo caso el cambio prueba la fragilidad de vuestro criterio. Venís ahora a pedir otra vez un nuevo cambio Ahora cuando el partido está comprometido por los acuerdos de París.

Por supuesto, la posición de Prieto olvidaba que la aceptación del año anterior había necesitado de su debate y negociación ante la posición negativa inicial del interior y que, finalmente, se asumió en nombre de la disciplina. Otras críticas que se repitieron por parte de otros asistentes fueron que el documento tenía partes carentes de sentido, que estaba mal concebido como herramienta de trabajo y que significaba un acto de deslealtad hacia el partido. La defensa del interior fue mucho menos enconada que en la reunión del año anterior, quizá por que no tenían demasiadas esperanzas de éxito, y se centró en asegurar lo conseguido: determinar la iniciativa que correspondería a los dos nuevos ejecutivos que desde el interior tomarían responsabilidades tras el Congreso.

El caso de la ASU fue despachado más rápidamente, pero los juicios expresados fueron mucho más reveladores. La Agrupación presentó un proyecto de estatuto y una declaración de principios que sirvieron para iniciar el debate. Siguiendo su comentario Llopis dio una muestra de su interpretación de la relación con la juventud del interior como la lucha

contra un sistema de educación franquista que intentaba eliminar todo vestigio de principios democráticos.²⁵

Hay el problema de la juventud. Es un problema porque el régimen se cuida muy bien de impedir la educación de la juventud de acuerdo con los principios democráticos. En cambio se ha dedicado la Falange a desacreditar a los demócratas e insuflar el espíritu franquista en la juventud, aunque el resultado haya sido casi nulo.

Dentro de ese conflicto por la educación Llopis admitía que la juventud universitaria resultaba mucho más prometedora que la obrera. Parece que la falta de respuesta antifranquista de la juventud obrera, sobre todo en comparación con la universitaria, era un tema que preocupaba seriamente a la Ejecutiva.²⁶ Señaló la dificultad de que para el entendimiento mutuo entrañaban los 20 años de dictadura que les separaban. A pesar de eso consideraba a la ASU como un activo de importancia para el partido, dado que servía como nexo con la juventud, aunque para ello debía prevenirse contra el radicalismo e implicarse más con el PSOE. Para Jimeno la Ejecutiva había dado demasiada libertad a la ASU, arriesgándose a propiciar la creación de un partido que despreciaba las «herencias inevitables de los viejos partidos». La labor del partido era la de expulsar a la Agrupación, si no se definían políticamente, y potenciar el acercamiento a la juventud obrera, objetivo prioritario del partido, por encima de la universitaria.

La crítica más demoledora llegó de la mano de Prieto, lo cual significaba mucho, dada la talla del anciano militante. La lectura de los textos presentados por la Agrupación le hacía concluir que ésta no era realmente socialista, por lo que se hacía imposible una comparación con las Juventudes y le impedía servir como una agrupación en el PSOE. A pesar de eso veía potencial, pero aún debía «seguir, crecer y hacer», ya que estaba «en pleno verdor, sin que se pueda prever cómo ha de ser su adultez». En concordancia con los demás juicios

creía necesario que la ASU se definiese políticamente y que estrechase los lazos orgánicos con el partido para limitar su indisciplina.

A pesar de los debates y las discusiones habidas, los acuerdos que habían de ser expuestos ante el Congreso se aprobaron por unanimidad.

El VII Congreso

Celebrado en el cine *Espoir* de Toulouse, se inició en la mañana del día 14 y se extendió hasta el 17 de agosto de 1958. La gran sala fue engalanada con los retratos de Pablo Iglesias, Julián Besteiro y Francisco Largo Caballero, tal y como era costumbre en los Congresos del exilio. Sin embargo, desde un primer momento el simbolismo de la veteranía apareció inusualmente marcado. Invitados especiales al congreso fueron los «veteranísimos» Paula Suárez y Miguel Ruiz Agudo, quienes posiblemente eran los militantes más ancianos que quedaban en el exilio, con 86 y 81 años respectivamente.²⁷ Su presencia fue debidamente publicitada y su aparición en los discursos a lo largo del Congreso –saludos, agradecimientos– se hizo recurrente. La apoteosis de su aparición ocurrió durante el discurso de cierre, cuando ambos ancianos, sentados en la mesa del Congreso, se levantaron unidos de manos con Indalecio Prieto para recibir una intensa ovación que precedió al canto de *La internacional*.²⁸

Por otra parte, a la hora de elegir la mesa que presidiría el Congreso, las varias candidaturas presentadas por las secciones fueron desestimadas a favor de la de Toulouse, la cual, a título simbólico, propuso a Indalecio Prieto, Wenceslao Carrillo y Luis Araquistáin como presidente y vicepresidentes respectivamente.²⁹ Esta mesa representaba las principales discrepancias «oficiales» en el seno del PSOE: Prieto como diseñador de la línea oficial del partido, el caballerista Carrillo como su principal opositor y Araquistáin, quien desde unos años atrás intentaba flexibilizar la

MISCELÁNEA

estrategia y relaciones del PSOE. Pero estas discrepancias no ocultaban el común denominador de ser cargos históricos que concentraban buena parte de la historia del partido. Además, como Prieto señaló, simbolizaban la autoridad que la experiencia confiere y a la que se debe disciplina. La designación de los dos secretarios también fue significativa: Miguel Armentia Juvete, hijo de uno de los más veteranos militantes de la Agrupación Socialista de Bilbao, y Víctor Salazar, a su vez hijo de Adolfo, ex concejal socialista, y veterano de las cuencas mineras de Vizcaya. Según Prieto, representaban una generación «que no comienza, pero que actúa con la fuerza de su inteligencia, con la pasión de sus ideales».³⁰ Representaban, claro está, más que eso: una juventud tal y como adecuaba a la tradición socialista —como se verá más adelante— y que, además, se mostraba completamente de acuerdo con las conclusiones de la Ejecutiva sobre la actividad del interior.

La carga simbólica quedaba clara incluso antes de que se iniciasen los debates propios del Congreso, y, dado el tiempo necesario para orquestar algo así, es posible que se organizaran antes incluso de la tormentosa reunión del Comité Director.

La apertura pronunciada por Llopis incluyó un saludo a «esa magnífica juventud que se está manifestando en España», destacando que suponía una ruptura «con el régimen que los engendró, en cuyo ambiente han vivido y se han formado», en consonancia con su visión de la lucha sostenida contra el franquismo por la educación de las nuevas generaciones. Así, como Llopis señaló, esa ruptura era suficiente para sufrir la represión dictatorial.³¹

Durante su discurso, Prieto continuó el tema de la juventud. Primero mencionó el deber de los veteranos de «alentarla y educarla, de preparar a los jóvenes que forzosamente nos han de sustituir». Lo que podía ocurrir sin esa formación fue ejemplificado por el orador refiriéndose a la situación creada en Argen-

tina, donde una juventud «recién llegada, sin tradición en el Partido y sin educación política suficiente» rompió la barrera del respeto hacia los veteranos líderes tales como Nicolás Repetto.³² Ésa era la interpretación que hacía de la reciente escisión del Partido Socialista Argentino en el Congreso de Rosario, donde los maximalistas se enfrentaron a los veteranos moderados.³³ Tras ello relató su sentimiento frente a un miembro de la ASU,³⁴ quien le produjo un inicial recelo, hasta que reveló su reciente afiliación a la Agrupación Socialista de París lo que mereció que el veterano «abriese su corazón». La evocación le sirvió para sentenciar:

Aquí no hay más doctrina ni más táctica que las instituidas por los Congresos, aunque estén constituidos predominantemente por obreros del campo, mineros y metalúrgicos. Hemos tenido en nuestras filas hombres universitarios de extraordinaria talla como Jaime Vera, Julián Besteiro y Fernando de los Ríos. La virtud principal de estos hombres no consistió en el aporte de su cultura; su principal cooperación consistió en haber sabido lo que era la disciplina del Partido y en ajustarse a ella.³⁵

Tras las palabras de Prieto se iniciaron los debates del Congreso, en los que, en un contexto que supera el marco de este trabajo, tuvo un protagonismo esencial la tradición política del socialismo sobre la que Prieto y Araquistáin debatieron, tratando de que se respaldasen sus posiciones: el último promoviendo una política institucional más posibilista para el PSOE, y el primero defendiendo la vía iniciada por él mismo once años atrás. En el debate histórico que se desató apareció tangencialmente el problema con la organización clandestina, pero no se hizo mención alguna a los jóvenes del interior.

Pese a todo, el final del Congreso tuvo su broche con una nueva apelación a la juventud por parte de Prieto, bajo el clarificador epígrafe de «Todos maestros y todos discípulos»:

Viene, casi en avalancha, un movimiento juvenil hacia nuestras filas. Es posible que no estemos conformes con todos los puntos de vista de estos elementos nuevos, no baqueteados aún. Hace falta de nuestra parte, no indulgencia, que la palabra estaría impropriamente empleada, pero sí tolerancia y fino sentido de comprensión. (...) Vienen ahora a sumarse con nosotros unos hombres nuevos, quizá preparados insuficientemente para militar dentro de nuestro Partido, porque, aun cuando conozcan mejor que la mayor parte de nosotros nuestro ideario, no han sufrido todavía el baqueteo de la lucha. Quienes como nosotros, los viejos, estamos en el crepúsculo vespertino de la vida, hemos dado cuanto podíamos dar. Ésos que llegan pueden dar mucho. Pero no será jactancia decir que pese a su saber, pese a su cultura, pese a su devoción, han de aprender mucho de nosotros. (...) tendrá[n] que aprender de nosotros, porque nosotros somos realidades cuajadas en la historia personal de cada uno y en los vínculos que esa historia personal tenga con la realidad de nuestro partido. [...] Aquí hay hermanos y, si la jactancia no manchara el adjetivo, podríamos decir que aquí hay maestros. Pedimos que, en lo que deban serlo, sean discípulos –al fin y al cabo discípulo viene de disciplina. (...)»³⁶

Conclusiones

A partir de lo anterior se puede concluir que el montaje simbólico del Congreso se dirigía específicamente a las nuevas generaciones universitarias que, con algunas inseguridades, se dirigían al socialismo tras el despertar político y social ocurrido en la segunda mitad de los años 50. Existía también una cierta superioridad respecto a los militantes del interior, pero no casa con la expresada en el Congreso. Así por ejemplo, las acusaciones de inexperiencia hacia los clandestinos se centraban en lo ocurrido en la década de 1940, mientras que la dirigida a la ASU tenía raíces históricas. Resulta especialmente clarificador comparar las diferentes críticas a las que se sometía a uno y otro grupo respecto a faltas similares: las cartas inoportunas enviadas por el interior a la CIOSL y por la Agrupación a los monárquicos

implicaron la consideración de deslealtad para el aparato clandestino y de indisciplina para la ASU.

Así pues, al planear algo de tal calibre como un Congreso el reto planteado por los nuevos socialistas pesaba mucho más en la mente de los exiliados que la iniciativa preparada por el aparato clandestino, ya fuese porque ésta se percibía como débil o porque podía ser desactivada por otros medios. Ese peso puede ser explicado por la concepción que el exilio tenía de sí mismo como albacea del legado PSOE durante unos tiempos tan crudos como los del franquismo. Esta idea no puede ser subestimada, dado que tuvo traducción incluso en la concepción estratégica de la Ejecutiva, cuya aparente pasividad crearía la fricción con el interior: asegurar la pervivencia de un esqueleto del Partido en el interior y preparar su renacimiento, una vez hubiese llegado el fin del franquismo, que se intentaría acelerar con acciones de protesta y desgaste. Obviamente no bastaba con asegurar la pervivencia del legado, sino de asegurarse de que el heredero fuese digno de él. En los años 50, la ASU aparecía, por su activismo y energía, como único sucesor, pero se comparaba pobremente con el baremo que los exiliados usaban: el modelo de militante tradicional con el que se habían formado y mediante el que habían accedido al socialismo.

Junto a otros, como la austeridad y la moral rígida, tres aspectos de la formación de la militancia socialista tradicional destacaban: la educación, la disciplina y el respeto a los líderes políticos. Como se puede ver, esos tres puntos contienen la mayor parte de las críticas que se hacían a la Agrupación. Es necesario comprender que la militancia tradicional se regía por el principio de que la organización y política obrera era un aspecto clave en la vida del afiliado, concepción que no consiguió sobrevivir de forma mayoritaria a los cambios sociales operados durante el siglo XX.

MISCELÁNEA

Al PSOE se llegaba de tres formas: la primera era por herencia, habiendo absorbido los valores socialistas en el seno familiar; la segunda, por convencimiento moral, como respuesta a las injusticias creadas por la sociedad capitalista, forma en la que se incorporaron destacados personajes del exilio como el mismo Prieto; y por último y en mucha menor medida, por convencimiento intelectual, tras un proceso de análisis y comparación de la doctrina socialista.³⁷ El franquismo había desbaratado todo esto, si bien de forma desigual. El efecto de la brutal represión de los 40 sobre los militantes había roto el nexo familiar, cosa que señaló Amat cuando criticó el radicalismo de los jóvenes asturianos, cuyos padres habían sido fusilados o encarcelados, achacándolo a la falta de educación doctrinal.³⁸ La vía del convencimiento moral también quedaba dañada por un sistema especialmente diseñado para reprimir la organización proletaria³⁹ y también por el progresivo reclamo de la organización comunista que se mostraba mucho más activa. Por ello, como se ha señalado más arriba,⁴⁰ la Ejecutiva parecía mostrarse especialmente preocupada por la falta de respuesta de la juventud obrera, más aún cuando era comparada con la universitaria. Sólo quedaba abierto, pues, el acceso por convicción intelectual, el cual estaba facilitado —respecto a los otros dos— por el hecho de que el ambiente universitario tenía mucho más acceso al ideario y doctrina de ideologías como la socialista, por la mayor movilidad y formación de las clases medias y por la menor incidencia de la represión sobre ellas. El problema es que ese tipo de acceso siempre fue marginal, y tuvo consideraciones muy especiales debido a la peculiar relación del socialismo español con los intelectuales.

La disciplina fue un elemento vital en la creación y auge de las organizaciones obreras, sin la cual se hacía impensable la resistencia proletaria a patronos o gobiernos. Era la misma disciplina que llevaba a no desatar una huelga hasta que las cajas de resistencia estuviesen

llenas y cuya carencia daba lugar a fracasos estrepitosos. Esa disciplina, de la que carecían los jóvenes del interior, se obtenía a través de la educación del militante.

El PSOE tenía tradicionalmente, gracias a sus contactos con la Institución Libre de Enseñanza, una profunda preocupación pedagógica que entendía el desarrollo de la militancia como un continuo proceso de educación. Sin ella era difícilmente concebible una militancia organizada, por lo que permanecía fuertemente marcada en el ideario tradicional. Como recordaba Araquistáin en 1930:

(...) Pablo Iglesias era también un organizador y un educador. En vez de niños tomó hombres —en el fondo, niños también—, y en vez de una escuela abrió un Partido. Había que disciplinar y educar políticamente al obrero que todo lo esperaba de la República, y al obrero en cuya cabeza no cabían más nociones de vida social que las del anarquismo pueril y confusionario. Eso hizo Iglesias.⁴¹

Ese proceso educador era del todo imposible durante el franquismo y preocupaba sobremanera a los líderes socialistas. De ahí la concepción de Llopis sobre la lucha con el sistema de educación franquista expresada en el Comité Director y el Congreso, y de ahí el profundo deber de maestros que Prieto se preocupaba en recalcar.⁴²

Otro elemento era el respeto, casi devoción, hacia los líderes políticos que eran llegados a ser vistos como «santos laicos», ya fuesen éstos figuras históricas, como Pablo Iglesias, o personajes no menos venerables pero aún vivos como Prieto. Antonio Zozaya en 1925, ante la muerte de Iglesias recordaba:

Por eso al Abuelo se le llama también el Santo laico, y por ello también, si algún día llegara en que no hubiera sobre la tierra ni capitalistas ni obreros, su nombre perduraría en la memoria de las generaciones futuras, bastando para ello la existencia de hombres de bien.⁴³

Ese respeto debido no era apreciado por los exiliados, quienes veían como comunes

las críticas de los jóvenes hacia a los «viejos y anquilosados» de Toulouse.⁴⁴

A esas tres diferencias respecto al ideal del militante hay que sumar la particularidad de que la ASU era cantera de militantes intelectuales, lo que tenía una significación particular en el ideario socialista. La consideración especial que suponía y su explicación la expuso Besteiro, él mismo uno de los afectados:

No es cierto que Pablo Iglesias ni el Partido Socialista hayan sido hostiles a la obra de la inteligencia. No creo tampoco cierto que el hecho de no haber siempre los intelectuales en nuestras filas sea un defecto nuestro, sino más bien un defecto de la manera como algunos intelectuales interpretan los deberes que impone la inteligencia. Claro es que para ser socialista hay que serlo de verdad y proceder como tal, y es que al Partido Socialista no se le puede pedir que sea cosa distinta de lo que es. Es un partido que pugna por la emancipación del proletariado, y en la libertad del proletariado funda toda su significación intelectual y moral. Hay que venir, pues, al Partido Socialista a realizar esa misión, no a inventar un Socialismo personal, arbitrario e inexistente.⁴⁵

El riesgo para la ortodoxia y la condición no proletaria del militante intelectual era suficiente como para exigirle un mayor esfuerzo de disciplina y una dedicación especial al partido, consideración que pesaba en la mente de los exiliados a la hora de tratar con la ASU y de analizar sus textos. Esto era así hasta el punto de que sus enviados necesitasen disculparse ante el Comité Director haciendo hincapié en que no se sentían diferentes de la militancia obrera.⁴⁶ Por otra parte, los intentos de poner en contacto ambas bases fueron dificultados por los recelos que los jóvenes «señoritos socialistas» creaban ante la militancia tradicional.⁴⁷

Parece claro, pues, que los nuevos socialistas que surgían en el interior provocaban rechazo en los exiliados no sólo por una competencia de poder político, sino en gran medida por lo que estos últimos consideraban

una deficiente cultura socialista y una inmadurez política marcada. El marco cronológico de este artículo es limitado, y se precisaría profundizar en la década de los 60, pero creo que permite aventurar que la inadecuación de las nuevas generaciones al modelo de la militancia tradicional impuesto como baremo por los exiliados lastró gravemente el proceso de relevo político que se retrasaba en el partido socialista; eso llevaría a la ruptura de 1973. Es significativo recalcar que esa renovación, de cuya necesidad era consciente la Ejecutiva, se condicionó siempre a la formación de quienes habían de heredarlo y, por tanto, al deber de pedagogía de los líderes, impracticable por el medio dado y completamente anacrónico por los cambios operados en la sociedad española. El corolario resulta claro: el paso de un preciado testigo bajo unas condiciones inaplicables impuestas por sus detentadores sólo podría producirse mediante una grave crisis.

NOTAS

- ¹ MATEOS, Abdón, *El PSOE contra Franco*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, p. 23.
- ² MARTÍNEZ COBO, Carlos y José, *La travesía del desierto. Intrahistoria del PSOE (1954-1970)*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1995, p. 31.
- ³ MATEOS, Abdón, *El PSOE contra...*, cit., p. 71.
- ⁴ Acta de la reunión del Comité Director en 1957, 117-17, Archivo del Exilio (AE), Fundación Pablo Iglesias (FPI).
- ⁵ Carta de Antonio Amat a Rodolfo Llopis, 12-X-1957, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-11, AE, FPI.
- ⁶ Carta de Amat a Llopis, 19-XII-1957, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-11, AE, FPI.
- ⁷ Prieto afirmó, en un tono no excesivamente sorprendente en él, en su artículo que «para ser puta y no conseguir nada, más valía ser honrada» desde el interior se reafirmó la preferencia por la flexibilidad frente al estatismo esencialista con las palabras «más, ¿si se consiguiera algo; si con ello consiguiéramos un resquicio a la puerta hoy herméticamente cerrada? Entonces no dudamos en ser putas, putas hasta la abyección, putas con aberración sexual, putas revolcándose entre sífilis y blenorragia. No nos importa ni nos asusta. Además de que somos rameritas que saldríamos limpias del coito, pues efectuaríamos éste con preservativo» Carta de Llopis a Amat 20-X-1957, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-11, AE, FPI.
- ⁸ Carta de Llopis a Amat 30-I-1958, Correspondencia

MISCELÁNEA

- Ejecutiva-Euskadi, 610-12, AE, FPI.
- ⁹ Por poner dos ejemplos: El padre de Manuel Kindelán era Alfredo, quien fue responsable de las fuerzas aéreas nacionalistas durante la guerra y destacado monárquico tras ella. Miguel Sánchez-Mazas era hijo de Rafael, fundador de Falange y ministro sin cartera durante los primeros años del régimen franquista.
- ¹⁰ Respecto a la ASU pueden consultarse MATEOS, Abdón, *El PSOE contra...*, cit., pp. 28-32, 125-126, 167, y 219 y ss.; JULIÁ, Santos, *Los socialistas en la política española*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 336 y ss.; ÁLVAREZ COBELAS, Jesús, *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI, 2004 y particularmente MATEOS, Abdón, «La Agrupación Socialista Universitaria. 1956-1962» en *Las izquierdas españolas desde la Guerra Civil hasta 1982. Organizaciones socialistas, culturas políticas y movimientos sociales*, Madrid, UNED, 1997, pp. 79-108.
- ¹¹ Ver por ejemplo en testimonio ofrecido por MARAVALL, José María en *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara, 1978, p. 165, en la que se explicita las dudas de la juventud antifranquista respecto a las diferencias ideológicas.
- ¹² Acta de la reunión del Comité Director en 1958, 117-18, AE, FPI.
- ¹³ Carta de Llopis a Amat, 08-I-1957, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-11, AE, FPI.
- ¹⁴ Cartas de Amat a Llopis, 12-XII-1956 y de Llopis a Amat 28-I-1957, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-11, AE, FPI.
- ¹⁵ Carta de Llopis a Amat, 8-X-1957, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-11, AE, FPI.
- ¹⁶ Carta de Llopis a Amat, 28-I-1957, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-11, AE, FPI.
- ¹⁷ Carta de Llopis a Amat, 8-X-1957, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-11, AE, FPI.
- ¹⁸ Carta de Amat a Llopis, 12-X-1957, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-11, AE, FPI.
- ¹⁹ MATEOS, Abdón, *El PSOE contra...*, cit., p. 30.
- ²⁰ Carta de Amat a Llopis, 15-II-1957, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-11, AE, FPI.
- ²¹ Acta de la reunión del Comité Director en 1957, 117-17, AE, FPI.
- ²² Carta de Llopis a Amat, 03-I-1958, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-12, AE, FPI.
- ²³ Acta de la reunión del Comité Director en 1958, 117-18, AE, FPI.
- ²⁴ La mención hecha durante el Congreso de las disputas existentes en la reunión se redujo a un «La unanimidad de criterio resultó absoluta»; ver MARTÍNEZ COBO, Carlos y José (coordinación y recopilación), *Congresos del PSOE en el exilio*, Volumen II, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1981, p. 18.
- ²⁵ Vale la pena hacer notar que los argumentos de Díaz y Prieto unidos daban como conclusión probable que los delegados y esos siete o catorce más eran agentes comunistas.
- ²⁶ Es necesario recalcar que Llopis destacó profesionalmente como pedagogo. Respecto al papel de la pedagogía en sus acciones políticas puede consultarse: VARGAS, Bruno, *Rodolfo Llopis (1895-1983) Una biografía política*, Barcelona, Planeta, 1999.
- ²⁷ Arsenio Jimeno expresaba en la reunión del Comité Director de 1957 su fe en que «Contrariamente a lo que se dice, la juventud obrera reaccionará como lo hizo la intelectual [...]], esperanza que justificaba con argumentos de doctrina marxista; ver el acta de la reunión del Comité Director en 1957, 117-17, AE, FPI.
- ²⁸ MARTÍNEZ COBO, Carlos y José (coordinación y recopilación), *Congresos...*, cit., p. 16. Según Prieto la idea le fue sugerida por la carta de un joven socialista, p. 42.
- ²⁹ *Ibidem*, p. 46.
- ³⁰ *Ibidem*, p. 17.
- ³¹ *Ibidem*, p. 18.
- ³² Nicolás Repetto es referido por Prieto como «el hombre que sigue en respetabilidad al Dr. Justo» quien tradicionalmente se había asociado a Pablo Iglesias (ver SABORIT, Andrés, *Apuntes históricos. Pablo Iglesias, UGT, PSOE*, depositado en la FPI, p. 4): la imagen es clara, la falta de respeto a los veteranos del exilio es comparable, nada menos, que a la falta de respeto a Iglesias.
- ³³ MARTÍNEZ COBO, Carlos y José, *Congresos del PSOE...*, cit., p. 18.
- ³⁴ Probablemente se tratase de Vicente Girbau.
- ³⁵ MARTÍNEZ COBO, Carlos y José, *Congresos del PSOE...*, cit., p. 18.
- ³⁶ *Ibidem*, p. 45.
- ³⁷ MARTÍNEZ COBO, Carlos y José, *La travesía del desierto...*, cit., p. 146.
- ³⁸ Carta de Amat a Llopis, 02-VI-1954, Correspondencia Ejecutiva-Euskadi, 610-10, AE, FPI.
- ³⁹ Véase, por ejemplo el capítulo segundo de BABIANO MORA, José, *Emigrantes cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Siglo XXI, 1995, p. 47 y ss.
- ⁴⁰ Ver nota 27.
- ⁴¹ SABORIT, Andrés, *Apuntes históricos. Pablo Iglesias, UGT, PSOE*, depositado en la FPI, p. 786.
- ⁴² CABEZAS, Octavio, *Indalecio Prieto. Socialista y español*, Madrid, Algaba, 2005, p. 734.
- ⁴³ SABORIT, Andrés, *op. cit.*, p. 1555.
- ⁴⁴ Acta de la reunión del Comité Director en 1957, 117-17, AE, FPI.
- ⁴⁵ SABORIT, Andrés, *op. cit.*, p. 1576.
- ⁴⁶ Acta de la reunión del Comité Director en 1958, 117-18, AE, FPI.
- ⁴⁷ MATEOS, Abdón, *El PSOE contra...*, cit., p. 31.